

# Tardes de Berlín

*Marco Antonio López Franco\**

La vieja ciudad de Berlín estaba siendo azotada por la lluvia, las luces de la ciudad no hacían más que dar un imagen de nostalgia de tiempos que no volverán jamás, las calles estaban casi vacías, los únicos que se atrevían a recorrer sus caminos en la lluvia, eran los hombres grises, que no disponían de tiempo, ni para procurarse a ellos mismos, los automóviles, ahora eran limitados en su capacidad de moverse, el tiempo parece haber dado una cierta tregua a sus esclavos, hombres que por unos instantes estaban libres del tiempo.

Los rostros de las personas que se cubren de la lluvia parecen tener la misma expresión de agobio y de desesperación, lo que obliga a muchos a repensar su espera, como si hubieran perdido su capacidad de asombro ante los grandes fenómenos, entre un pequeño grupo que se esconde de la lluvia en una lona de una tienda de un restaurante, está Hegel, que espera ansioso por el termino de la lluvia o una perdida en su intensidad, tiene una cita, tres conocidos lo esperan, para su partida de ajedrez semanal. Y no hay nada mejor que encontrarse con sus amigos.

Por fin la lluvia fue cediendo poco a poco, nuestro actor, alza la vista, como revisando que el cese no fuera una tregua temporal, se aleja poco a poco del grupo de entes anónimos, se centra en sus pasos, camina con el mismo ímpetu con el cual escribe, revisa su reloj: está retrasado por diez minutos, se arregla un poco la gabardina, llega por fin a la calle de su destino, se dirige a un pórtico viejo con acabados en caoba y barniz, llama a la puerta.

En la espera, Hegel revisa de nuevo su reloj de bolsillo, por fin alguien contesta, se trata de su viejo y querido amigo, Max Weber, el cual lo recibe con un caluroso abrazo.

—Mi amigo, ¿Cómo?, has vuelto a caminar entre la lluvia—Weber exclama con cierto tono de asombro.

—No quería llegar tarde, mi amigo, ya son dos años los que llevamos con esta tradición— exclama Hegel.

—Pero adelante, pasa, eres bienvenido a mi humilde hogar— le dice Weber.

\* Estudiante de Sociología de la UAM-Xochimilco.

Hegel, entra, se quita la gabardina y verifica que no esté manchada de lodo, lo mismo hace con su sombrero, Max, observa la escena con mucho agrado, siempre le ha parecido que Hegel es muy fijado en esas cuestiones, mientras Hegel realiza la pequeña faena cometa:

—¿Ya han llegado los demás?— dice mientras sacude su sombrero.

—No, aun no han llegado, pareciera que cada uno de nosotros se aparece en el momento justo de ser requeridos— bromea Weber.

Se dirigen al salón principal, donde ya los esperan los compañeros de tantas tertulias: la mesa de ajedrez y el vino, se disponen a sentarse para comenzar con la partida.

Antes de que se toque el primer peón, llaman de nuevo a la puerta; los actores en la sala principal se miran complacidos al saber que los dos restantes han acudido a la cita, lo que prometía la tarde de juegos emocionante y un desafío.

Se levanta Weber, no sin antes pedirle permiso a Hegel, el primero se dirige a la puerta, al abrir se encuentra con un rostro familiar, el cual está sonriendo en verlo, ha llegado su amigo, Emile Durkheim.

El nuevo llegado ahora es el que realiza el proceso de retirarse su gabardina y su sombrero, mientras que poco a poco, la sonrisa en su rostro va siendo sustituida por una mirada de seriedad, la cual se postra en su amigo Max, Durkheim suspira y dice:

—He presenciado, una de las escenas terribles de estos nuestros tiempos, que seguramente no sólo aqueja en esta ciudad, sino en todo el mundo, en el camino hacia tu hogar, en el tranvía, he observado a una familia completa, es decir padre, madre, e hijos pidiendo limosna en la vía pública, en los adultos se notaba la desesperanza, mientras que los niños buscaban restos de comida en un bote de basura de la panadería que estaba cerca, los observaba mientras un sentimiento de piedad y misericordia recorría mis entrañas...

Durkheim interrumpió su relato, notó la presencia de Hegel en la sala principal, miró a Weber, como para reclamarle que no le había informado sobre la presencia de Hegel, pero recordó que no le había dado tiempo a Max de decir una sola palabra, sonrió, y se condujo hacia la sala principal, acompañado por Weber, ahí realizan los respectivos saludos, Max, invita a Durkheim a tomar asiento, mientras le ofrece una copa de vino.

Weber, al notar que Durkheim recuperó el aliento, lo invita con la mirada a que continúe con su relato; este último habló para los otros dos:

—Le decía a Max que en el camino observe en el tranvía a una familia completa pidiendo limosna, siendo vista tanto por ojos de desprecio como de pesar por la gente que caminaba cerca de ellos, aunque la lluvia estuviera sobre la familia, solo veía como algunos, con desprecio, evadían la mano del hombre o le brindaban con ganas de sentirse más humanos y salvados, algo de su dinero. Finalizó Durkheim.

Los tres hombres se quedaron meditabundos, pareciera ser la calma antes de la tormenta, el advenimiento de un huracán de ideas. Hegel observó a Durkheim levantarse de su asiento, se quedó viendo el gran ventanal, donde algunas gotas de lluvia todavía golpeaban la ventana, desde donde también se observaba una gran avenida, llena de transeúntes, de movimiento; su mirada se distraía en eso, mientras que su mente ordenaba sus ideas, algo que probablemente están haciendo los otros dos.

De repente, algo llamo la atención de Durkheim, una figura conocida se movía entre las personas, vestido de negro con un bombín, fue inmediatamente reconocido por Durkheim, se trataba de Pareto, un amigo de Weber, que no era muy cercano a Emile, pero que al fin y al cabo era un digno oponente en el ajedrez; pasó algún tiempo en lo que Pareto llegó a la puerta, al entrar saludó efusivamente los presentes, se dirigió a su anfitrión:

—Dime mi amigo, quien ha movido la primera pieza, es que acaso me toca jugar de nuevo contra ti—comenta divertido.

—No, mi amigo, nadie ha jugado, no se han movido las piezas, pero comencemos a jugar, ¿no les parece?—declaró Weber.

Weber y Pareto son los primeros en sentarse en la mesa de juegos, Weber, comienza como todo gran ajedrecista el peón de la reina, en el momento de pasar el turno, comenta:

—Sabes Emile, la verdad es que noté una gran extrañeza en tu mirada, cuando relataste lo que habías visto en el camino, ¿es que acaso tus prenociones han afectado tu objetividad?—comenta Weber con una sonrisa en sus labios.

—Efectivamente, cometí el error de involucrar mi cosmovisión, mi ideología cargada de misericordia, ahora bien, envuelto en mi papel científico social, rectifico mi postura, puesto que caería en una apreciación errónea —dice Durkheim—, es preciso revisar la pobreza, y tratarla como un hecho social, la pobreza, mi amigo, es una condición impuesta al hombre en contra de su voluntad.

Pareto, mueve el caballo del rey, escucha lo dicho por Emile, asiente con la cabeza y exclama:

—Mi buen amigo, pero ¿qué es eso que tú llamas hecho social?—Le dice con una suerte curiosa.

—El hecho social es el modo de actuar, pensar y sentir exteriores al individuo—Contesta Durkheim, con seriedad.

Hegel sacado de sus cavilaciones, y por impulso de emitir su sentir, irrumpe diciendo:

—La pobreza, mi amigo, es una tragedia que forma parte del hombre, es inherente a su condición humana, no es más que un momento de la realidad, es un momento que no puede ser abandonado por nosotros, basándonos en el individualismo radical, la vida, mi amigo, es una selva en la que nos enfrentamos todos contra todos, un mundo balzaquiano de la riqueza y la ambición—, dice con pasión Hegel.

—Pero mi amigo, debemos entender que sí existen tensiones que nos llevan a entender un hecho social, un fenómeno, y que su percepción está basada en una realidad infinita, y por lo tanto, basados en ese gran inmenso, lo tenemos que separar, tenemos que entender que este conocimiento debe volver a la realidad, para seguir el camino de entender esa gran totalidad—comenta Weber con recelo— ahora con lo que dijo Emile, —es bien cierto que no nos podemos separar de nuestros valores, puesto que ellos mismos son los que nos llevan a investigar el hecho... o tú, Emile, ¿por qué te has fijado en la familia de pobres, habiendo otras situaciones en el mismo espacio y lugar?

Interrumpe Hegel diciendo:

—¡Claro, como la hermosa lluvia!— bromea Hegel.

Durkheim sonríe y dice:

—Pero recordemos que tenemos que ser objetivos y deshacernos de nuestras preconiciones y nociones vulgares; he sabido que cometí un error, pero estoy dispuesto a corregirlo por el bien de la objetividad, y no podemos implicar ninguna concepción metafísica, y especulación sobre el fondo de los seres, recalco, —Emile golpea la mesa con el puño cerrado— son fenómenos exteriores al individuo, ¡qué selva ni qué nada, esto es una ciudad!—dice Durkheim.

—Pero mi amigo, la objetividad se lleva en el método, cuando uno sigue el método puedes llegar a una situación de objetividad, a pesar de que nuestros valores, sean los que nos llevan a investigar, o en este caso, lo que te llevó a observar a la familia en la vía pública— dice con los ojos cerrados Weber.

Pareto bebe vino, carraspea y dice:

—Bueno, y en toda esta verborrea, ¿quién gana?, ¿quién es el león y el zorro en este juego, y si no estamos en una selva, esto es un gran campo de batalla, incluso en este juego se busca la superioridad de una parte, de la élite del ajedrez por así decirlo, de la misma forma en la que nosotros diferimos en la fuerza pública, diferimos en nuestra capacidad intelectual y económica, por no nombrar los demás, ¡ese hombre es pobre porque no tiene la fuerza para obtener lo que quiere!... es un zorro. Concluye Pareto.

Hegel, lo mira intrigado, pregunta:

—Mi estimado, ¿cómo un hombre puede ser un zorro?, debe tener también su antítesis ¿o me equivoco?

—Recordemos, el hecho de la selección natural, sólo el más fuerte puede sobrevivir, un zorro es un hombre que no se arriesga a ningún tipo de cambio, prefiere la estabilidad que le da la situación, y quedarse inmóvil, en cambio un león, es todo aquel hombre que decidido a apostar por el progreso a veces hace uso de la fuerza para lograr sus objetivos— dice Pareto, mientras mueve el peón del caballo.

—Pero eso es imposible, no podemos englobar a la sociedad en dos grandes términos, tienen que admitir que, en esas dos consideraciones, habrá zorros y leones, muy diferentes, ¿qué no recuerdas

cómo discutimos Marx y yo la semana pasada?, nada es absoluto, parte de la mismo, pero también tiene fuertes cuestiones individualistas—dice Weber, mientras mueve el alfil de la reina, tal vez pretendiendo dar un mate del loco.

—Gracias, mi amigo, has confirmado la existencia y practicidad de mi método, el sistema dialéctico, donde participan como agentes supremos la tesis, la antítesis y la síntesis— dice Hegel, Weber lo mira con cierta aprobación.

—Y amigo mío, ¿qué es eso de tesis, antítesis y síntesis?, quizá si dejas de observar la lámpara y me iluminas, me alejes de la sombra de la duda—, dice Weber, bromeando con él.

—La dialéctica, mi amigo, tiene como finalidad pensar la vida, es decir, que el mundo es completamente obra del espíritu, todo conocimiento real debe pasar por tres momentos, por lo inmediato o lo abstracto, después a su negación, que es reflexión y mediación, y por último, llegará a la totalidad concreta, que contiene en sí misma el momento de la negación, la reflexión y la mediación, a este último paso estará más cargado de verdad que las anteriores, sin embargo, esta totalidad es orgánica, y no puede concebirse de una forma estática, siempre está en movimiento, en eterno devenir, es decir, la dialéctica es una lógica de la relación, la contradicción es la relación, la dialéctica es la lógica en movimiento, es la lógica de la vida ¡vive!—casi grita Hegel, después bebe un poco de vino y regresa a mirar la lámpara.

—Cierto, mi amigo, todo está en movimiento, nada se queda quieto, me parece extraño que Pareto hable de una clase que no se mueva como los zorros— dice Weber.

Pareto, mueve el peón de su alfil, dice:

—Es verdad, mi amigo, que existe la circulación de las élites, pero esta se da cuando se rompe el equilibrio dentro y fuera de la misma, es cierto que dentro de los zorros puede nacer un león y éste por instinto de buscar progreso, tratará de romper con esa vieja élite disfuncional, y tras la decadencia de ésta formará una nueva élite que monopolizará el poder político y económico, ya sea que tome posesión por medio de la fuerza o por un proceso gradual. Pareto centra de nuevo su atención al juego, Weber mueve el caballo de la reina.

—¡Bueno, bueno!, nos estamos saliendo del tema, recordemos que la pobreza es un hecho externo a nosotros y por lo tanto debe de ser tratado no como cosa material, sino como cosa opuesta a la idea, es bueno mencionar, que *cosa* es todo objeto de conocimiento que no es naturalmente compenetrable a la inteligencia, por lo que no podemos tener una idea adecuada por un simple procedimiento de análisis mental, es por eso que todo aquello que el espíritu puede llegar a comprender por medio de la observación y experimentación, pasando progresivamente, de los rasgos más exteriores y más inmediatamente accesibles a los menos visibles, y más profundos— puntualiza Durkheim.

—Pero no debemos olvidar, que si bien es cierto, el método, es decir lo cuantificable, pero siempre entendiendo que en un hecho social, también entrará en juego: la irracionalidad del hombre, es decir sus pasiones, sentimientos, no podemos decir que es externo al hombre, puesto que para llegar a un completo entendimiento de un hecho, debemos comprender al actor, es decir tenemos que ponernos

en su lugar, para lograr la completa comprensión del hecho, no podemos pensar que le es exterior al hombre—. Exclama Weber, mientras es más claro que sólo espera que el peón del rey se mueva, para dar jaque, mueve el alfil de la reina.

—Pero entonces ¿cómo logras la objetividad?, ¿acaso no te pierdes en tus prenociones y prejuicios?—, reclama Durkheim.

—Mi amigo, no dudo que el método te lleve a resultados, pero no, te repito que tus valores son los que te llevan a investigar un hecho social, es decir, realizas juicios de valor y después en la investigación, mediante el uso del método, ya no podrán estar tus valores, porque si perderíamos objetividad, únicamente es que tus valores te llevan a investigar, también debemos entender que un hecho social parte de la acción social de un individuo, es decir de la acción tomada de un individuo, refiriendo su pensamiento a otro, no una acción impulsiva como estornudar—Weber se olvida por un momento de la partida, justamente cuando Pareto mueve el peón del rey.

—Mi amigo, los valores sólo te llevan a que los hechos sociales sean juzgados, se aprueben o se condenen, por lo que no es muy factible involucrar nuestros valores,—responde Durkheim.

—Eso es bien sabido, es claro que existirá todo eso, pero después de haber llevado a buen termino la investigación, nunca se pone en duda la objetividad, ya que si nuestros valores entran en el método, nuestra investigación perderá su universalidad, no caben en el método, o es que acaso te olvidaste de tu libro *El suicidio* y todo lo que provocó—bromea Weber.

—Me dices entonces que, para ocuparme de un objeto de estudio, debo usar mis valores. A pesar de que sea un problema de la minoría, sólo se debe estudiar lo que afecte a la gran mayoría, pues el hecho social, esta afectado por otros, igual con un número de actores finito pero sustancial, es decir son causales, están conectados los problemas de la mayoría, ¡es un deber de nosotros los investigadores!, el llevar el conocimiento hacia las masas, puesto que somos los que pueden guiar a esta sociedad, es decir, tenemos que comparar los hechos sociales, unos con otros, eso es para comprenderlos mejor—dice Durkheim.

Pareto y Hegel, tan sólo escuchan, pensando todo lo que se estaba diciendo.

—Bueno, no puedes decir que puedes comparar los hechos sociales, puesto que cada uno posee ciertas características muy específicas, que los hacen únicos e irrepetibles, y si buscas las diferencias y concordancias entre un hecho y otro, te perderás en el camino del minotauro, es decir, te faltará un paso más. No podemos llegar a una comprensión completa de la realidad, puesto que es infinita, debemos entonces analizar la sociedad, sintetizarla y encontrar un tipo ideal, que nos ayudará a comparar nuestra concepción con el hecho que estamos investigando, el hecho social no se compara con otro hecho social, sino que se debe comparar con una abstracción propia del investigador, el deber del investigador, está consigo mismo, puesto que él mismo es el que le dará la importancia a lo que está estudiando, él sabrá si es relevante o no y no necesariamente tiene que afectar a la mayoría, puede ser un problema espantoso que solamente afecte a una comunidad, y que ésta a su vez afecte al investigador, lo que lo llevará a darle relevancia, como el antisemitismo, por ejemplo—, concluye Weber.

Durkheim, hace un gesto de desaprobación y dice:

—Pero bueno, entonces cómo verías tú a la familia de pobres, Max, si nuestras familias son de buena posición; por ejemplo, mi familia es de un alarga estirpe de rabinos, mi padre era rabino, nací en La Lorena, en la ciudad de Espinal, estudié en el Liceo Luis el Grande, de París, y luego entré a la Escuela Superior, fui a Alemania, donde conocí a Wilhelm Wundt; por mi gran vocación di cátedra, presenté mis tesis, mi división del trabajo social, mi método sociológico, y después mi libro *El suicidio*, y mi obra *Las formas elementales de la vida religiosa*; he provocado grandes polémicas entre los círculos de estudiosos más prominentes, le incorporé el nombre de sociología a nuestra ciencia, me apoyó el ministro de Francia, trabajé en la reforma educativa de ese mismo país para lograr una educación laica que permitiera la objetividad, y tu Max, vienes de una familia en la cual el padre tenía una buena posición económica, era un político liberal, lo que te permitió conocer a grandes figuras de la época, ¿naciste en dónde?—, Durkheim detiene su discurso.

—Nací en la Turingia en la ciudad de Eufurt, aunque mi familia se mudó a esta ciudad, cuando tenía 5 años, ¿pero todo esto, a dónde va?— pregunta Weber.

—Bueno, tus padres ilustrados, tu padre positivista de cierta forma, y tu madre calvinista te dieron ilustración, estuviste en Heidelberg, diste también cátedra, la obtuviste en la Universidad de Berlín, presentaste tus tesis, fuiste director de la revista *Archivos para la ciencia social y política social*, tuviste la oportunidad de recibir una herencia, para seguir tus estudios, eres un hombre realizado, por cierto, ¿cómo está tu esposa?— dice Durkheim.

—Marianne ha salido, está muy bien, gracias, fue a donde su amiga enferma— responde Weber.

—Muy bien, lo ves, y con todo eso, ¿me pides que me ponga en el lugar del hombre pobre— ríe Durkheim—. Si la pobreza proviene de una desigualdad, donde ya no hay una unidad coherente de la colectividad, es decir, los individuos ya no son semejantes, sino diferentes, contrario a lo que sucede en la sociedad mecánica, donde los individuos se asemejan, porque experimentan los mismos sentimientos, porque conocen las mismas cosas sacras; en la sociedad orgánica cada individuo cumple con una función, y no se asemeja a los demás, pese a lo cual, todos son igualmente necesarios para la vida.

—Pero tenemos que saber, que para llegar a una buena conclusión del hecho, primero debemos comprender, independientemente de nuestras historias, podemos comprender, saber cuáles son las razones racionales e irracionales que llevan a actuar a un sujeto; coincido en que los individuos no son iguales, pero esto no viene únicamente por parte de la sociedad, es algo que el hombre es desde su estado de naturaleza, es decir cada hombre es único e irrepetible, donde la misma función que desempeñe estará condicionada por la elección, por su valorización, y su libre albedrío, el hecho de llegar a una sociedad mecánica, sería entrar a la jaula de hierro, donde el hombre no puede elegir nada— responde Weber.

—Te aclaro que la sociedad, es la que crea al individuo, y no el individuo a la sociedad; las causas son las que nos empujan a una persona, al estado en se encuentra, el tejido familiar, o el medio

político, es decir, está condicionado por la sociedad, por sus mismos hechos sociales, anteriores al individuo— dice Durkheim.

—En lo que estoy de acuerdo contigo, es que existen condiciones para que un hombre llegue a cierta condición, como lo son su clase y su status, además de que existen otras condiciones, para que suceda un hecho social determinado, por ejemplo, la ética, donde también entran conceptos, que a partir de la historia el hombre ha ido eligiendo, como el comercio, la navegación; en el caso del capitalismo, la sociedad no puede ser total, puesto que no podemos eliminar que existe la individualidad, que existe el libre albedrío, ¡la sociedad no es un monstruo que nos traga y nos escupe como un bolo de comida, no es total, no es una gran forma, es simplemente un conjunto de pequeñas partes que forman al individuo, pero en donde el individuo tiene su libre albedrío!— grita con pasión Weber.

— Lo que tú estas diciendo es que el pobre ¡ha elegido ser pobre!, ha elegido llevar a toda su familia a pedir limosna, ¡como si se tratara de un oficio!— exclama Durkheim, mientras la primera botella de vino se ha terminado. Weber lo mira, suspira.

Con estas palabras los cuatro observan el tablero de ajedrez y se dan cuenta de que el juego quedó inconcluso; no hay últimas jugadas por el momento, se miran y ríen, saben qué significa que nadie haya dado el mate, y que nadie le haya avisado a Weber, que habría podido darlo, pero saben que esto nunca se acaba, que esto no tiene última palabra, y más ahora que los demás invitados a la tertulia se acercan.

Dos siluetas se aproximan, Nietzsche y Marx, vienen susurrando, llegan a la puerta de Weber, donde son recibidos gustosamente, la atmósfera se torna extraña, el tiempo, parece haber acabado su tregua, la imágenes se vuelven fantasmales, la lluvia ha secado por completo, la ciudad vuelve a la vida, ahora con luces que pasan rápidamente, luces sin forma cruzan las calles, la tregua se ha terminado, pero aun así sus enseñanzas son recogidas por nosotros, que siempre trataremos de pedirle al tiempo una tregua... Esto nunca se acaba, siempre cambia, a veces hasta parece absurdo.